

## Fragmento *Museo Animal*

Carlos Fonseca

Anagrama, 2017

Siempre que aparece algo es porque desaparece otra cosa, fondo y figura, repetía Tancredo, mientras en mi mente la imagen de Giovanna me devolvía una memoria de infancia. Recordaba las tardes en las que mi padre me llevaba al zoológico. No me interesaban los animales centrales. Me aburrían los elefantes y los leones, las cebras y los monos. Me entristecía su supremo aburrimiento en el cual, ahora que lo pienso, sentía relucir una especie de retrato vulgar del mundo adulto. Me encantaba, en cambio, visitar el vivario: esa especie de cajas de pandora para la mirada dentro de las cuales se escondían enigmas vivos. Me fascinaba pararme frente a las cajas y, sin mirar el nombre del animal, intentar descifrar de qué se trataba. Allí, detrás del cristal, se hallaba la vida como enigma a descifrar. La vida a modo de rompecabezas o de estereograma. En algunos casos, la respuesta era obvia: se notaba la forma sinuosa y húmeda de la serpiente sobre el tronco seco, la presencia revoltosa de la mariposa, el siniestro tedio de la solitaria iguana sobre la piedra. En otros casos, sin embargo, detrás del cristal se intuía, meramente, un vacío absoluto. Como si el animal original hubiese muerto y a los empleados del zoológico se les hubiese olvidado cambiarlo por uno nuevo. Era frente a esas cajas aparentemente vacías que yo me postraba, a la expectativa de que súbitamente surgiese la figura hasta entonces oculta: la singular mariposa que se confundía con el ramaje, las laboriosas hormigas en su hasta entonces invisible labor, la misma iguana en cuya quietud ya no vislumbraba aburrimiento sino picardía. Me encantaban esos pequeños trópicos en cautiverio en donde la nada se hacía finalmente visible. Tal vez por eso detestaba al niño impaciente que, al notar que tras el cristal no parecía haber nada, se atrevía a darle un golpe de dedos en un intento desesperado por ver surgir algo. Me recordaba parado frente a uno de estos teatros tropicales en los que nada parecía ocurrir a pesar de los impacientes golpes de los demás niños. Seguros de que allí no había nada, ellos no tardaban en pasar a otras cajas. Yo, sin embargo, me había quedado parado allí, a pesar de la insistencia de mi padre que, como los demás, tampoco creía que allí hubiese algo. Entonces lo había visto emerger lentamente: ya no meramente el animal dentro del paisaje, sino el animal-paisaje, el animal que era en sí el paisaje dentro del cual nosotros habíamos intentado buscarlo. Había girado para mirar el nombre tal y como lo presentaba la pequeña placa: *Mula del Diablo, Costa Rica*. Más abajo, en un aparte que quedó grabado en mí por mucho tiempo, se leía: *Fásmido*. Había visto emerger a ese pequeño fásmido con la impresión de que no se trataba de un camuflaje típico, sino de algo más siniestro: un animal que poco a poco devoraba el paisaje con la secreta ambición de convertirse en paisaje. Años más tarde encontraría en el libro de un filósofo francés los conceptos necesarios para pensar lo que allí meramente ocurría: la copia devoraba el modelo. Pero eso sería después. Para el niño de apenas doce años que se paró aquella tarde frente a la caja vacía la impresión fue otra: la de estar frente a un animal descomunal, frente a un animal más temible que cualquier otro precisamente porque su ambición no era necesariamente sobrevivir sino trascender la vida. Un segundo descubrimiento me había sobrevenido al acercarme al cristal: no se trataba de un simple animal sino de docenas de pequeños insectos que parecían confundirse entre sí hasta crear esa especie de cuerpo colectivo que parecía decidido a emular un paisaje ausente. Una confusión horrible me dejó despierto aquella noche, mientras intentaba comprender exactamente qué era lo que había visto aquella tarde. ¿Qué se había vuelto visible y qué se mantuvo invisible? Durante aquella primavera ya lejana la imagen de aquel enjambre de insectos me acompañó como una especie de precaución: aquello que de repente aparece es algo que siempre está muy cerca de la nada. De esa terrible nada que ambiciona, sin embargo, serlo todo. Recordaba aquella tarde con la seguridad de que algo así éramos Giovanna y yo, una dupla de fondo y figura cuya secreta ambición era la de fundirse en una nada absoluta. Y así crecía la primavera, jugando a la cuerda floja entre el todo y la nada, mientras yo intentaba convencerme de que la única manera de realmente acompañar a Giovanna era aprender a perderla.

La veía llegar de alguno de sus viajes enigmáticos, más delgada y pálida, pero me tranquilizaba a mí mismo diciendo que todo aquello era pura ilusión. Ya pronto cambiaríamos de perspectiva y la verdadera imagen aparecería, magistral y precisa: notaríamos que su delgadez no era sino el costado de otra realidad más atroz, aquella que la impulsaba a fundirse con el paisaje con la fuerza de aquel elusivo fásmodo de mi infancia. Siempre que aparece algo es porque desaparece otra cosa, fondo y figura, recalca Tancredo, mientras en mi mente la que desaparecía no era la Giovanna real sino la niña de diez.